

A LAGARTO, LAGARTO Y MEDIO



## SUMARIO

**Texto:** LA NEGRA, por *Fray Candil*.—PLUTARCO DEL PUEBLO: EL DOCTOR PULIDO, por *Luis Bonafoux*.—A TRAVÉS DE MADRID, por *el Diablo Cojuelo*.—DE ORO Y AZUL.—ÁTENEOS.—LIBROS RECIBIDOS.

**Ilustraciones:** A LAGARTO, LAGARTO Y MEDIO, por *Mecachis*.—INCUBADORA ARTIFICIAL (ocho viñetas), por *Mecachis*.—EL DOCTOR PULIDO, por *Luis Pardo*.—DISTRACCIONES DE UN PINTOR, por *Robber* (seis viñetas).

## LA NEGRA

## I

Doña Paca, á quien la ola revolucionaria arrojó de Cuba, se vino á vivir á un pueblo de Cataluña, después de haber permanecido en París algunos años. Ramona, su compañera inseparable, era de lo poco que conservaba del naufragio de su caudal y de sus afectos. Su marido murió peleando en la manigua por la independencia de Cuba. Su único hijo también pereció en la guerra. Un ingenio que la quedaba fué quemado y demolido por los insurrectos.

A menudo, en sus visiones interiores, reconstruía el espectáculo solemne, que tan honda huella dejó en su espíritu, de los cañaverales que ardían chisporroteando, mientras la negrada, machete en mano, con el mayoral á la cabeza, gritaba:

—«¡Viva Cuba libre!»

Gracias á Ramona, una negra á quien, según doña Paca, «ofendía el color,» por lo buena y hermosa, semejante á una Venus de ébano, con ojos rasgados y brillantes, dientes blanquísimos, labios gruesos y violáceos, pasa muy espesa, de un negro mate profundo, fisonomía inteligente y simpática, la pobre señora sobrellevaba con resignación el fardo de su vida de sinsabores.

Ramona la cuidaba solícitamente; ella misma la acostaba, la quitaba los zapatos, la sacudía el mosquitero, luego de darla su imprescindible taza de tila caliente, sin la cual no podía pegar ojo en toda la noche. En horas de desfallecimiento, cuando el pasado proyectaba su sombra sobre las grandes tristezas de la vieja, Ramona, besándola en la frente, se esforzaba en infundirla ánimo con palabras de cariño.

—No, hija mía. Para mí ya no hay consuelo. ¡He padecido tanto! Sola, alejada de mi tierra, sin más afectos que el tuyo, con un pie en la sepultura, ¿qué puedo aguardar ya, como no sea la muerte?

De la cual no estaba tan lejos como quizá ella presumía. Con frecuencia la aquejaba una laxitud invencible; pero lo que más la preocupaba era aquel calor del pecho y de las espaldas y aquella tos seca, acompañada de disnea y de cierto sabor metálico. Como una noche, al escupir, arrojase unos hilillos de sangre, la pobre señora, aterrada, corrió á mirarse al espejo. Tenía la cara rojiza, el pulso acelerado y el corazón palpitante.

—¿Qué será esto?—preguntó á Ramona con extrañeza. ¿Iré á heticarme?—No sea usted aprensiva, señora. Eso es de la garganta. Muchas veces á mí me ha pasado que al toser, con un poco de fuerza, he echado sangre.

Doña Paca no se convencía. Lejos de eso, se pasaba horas enteras cavilando.—Si la señora quiere, llamaré al médico.—No. ¿Para qué? Doña Paca, en punto á medicina, era una escéptica. Prefería gastarse en aceite para imágenes el dinero que hubiera de dar á médico y boticario.—Con mi taza de tila tengo bastante.

Vivían en un caserón destartado y ruinoso. Los muebles contaban un siglo, ó poco menos. En aquella enorme cama de matrimonio, alta y sombría, con imágenes de santos pintadas en la cabecera, había dormido, de fijo, toda una generación. Las paredes estaban literalmente llenas de estampas de vírgenes, de crucifijos y rosarios, de cuadros al óleo que representaban escenas bíblicas. Hasta el mismo barómetro era un fraile que anunciaba mal tiempo poniéndose la capucha. En la sala había un piano de cola destemplado y vetusto, que despertaba la imagen de una ballena momificada.

Todo exhalaba ese olor triste de las cosas abandonadas y viejas. El mismo jardín, alegrado durante el día por el piar de las golondrinas, exhalaba un perfume de flores marchitas, sedientas de riego. Diríase que la juventud jamás puso los pies en aquel recinto, que tenía mucho de conventual.

Para más desolación y aislamiento, la casa estaba en las afueras del pueblo, en pleno campo casi, fronteriza de un colegio de monjas, cuyo monótono campaneo hablaba á todas horas al espíritu enfermo de doña Paca, de cosas idas y lejanas...

Ramona tocaba al piano de afición; pero con tal sentimiento y habilidad, que sorprendía. Su fuerte era la música criolla. Toda la tristeza de su pobre raza esclava acudía á aquellos dedos cuando corrían por el teclado. El piano se quejaba voluptuosamente, como si le doliese algo, y hasta en su mismo destemple había no sé qué de melancólico. La música, incoherente, pero lasciva y triston, comunicaba á sus ojos un brillo intenso y húmedo. Diríase que lloraba por dentro. Tal vez. Aunque nunca se quejaba, en el timbre de su voz, clara y armoniosa, sonaba blandamente como el eco de un dolor secreto y opaco. Ramona comprendía que nunca lograría casarse con un blanco de su categoría intelectual. Casarse con un negro la sacaba de quicio. Nacida y educada en Cuba, donde pasó gran parte de su primera juventud, refinada más tarde en París, superior á la mayoría de los de su clase, puesto que hablaba correctamente el francés, dibujaba y tocaba el piano; muy cuidadosa de su persona, inteligente y honrada, no podía menos de sentir cierta aversión por el negro; sobre todo, por el negro de Cuba, mirado siempre como cosa y desterrado de la sociedad de que ella tanto gustaba, y en la cual se la admitía, á título siempre de criada respetuosa. Por otra parte, no podía olvidar al negro descamisado y en chancletas, de Cuba, metido en la bodega, tomando aguardiente, prostituido en la ignorancia más profunda, *instintivo*, torpe de lengua, sin poesía, tuteado perrunamente por el blanco, fuese la que fuese su posición social, afiliado al *nañiguismo*, de cuyas hazañas sanguinosas daban cuenta á diario los partes de policía, con espanto de todo el mundo; como tampoco podía olvidar al negro *catedrático*, hazme-reir de las personas cultas, especie de mono que imitaba en la tribuna cuanto oía. Recordaba con risa y lástima un famoso *discurso* pronunciado en *La divina caridad*, por un José Díaz, cochero y miembro de la directiva de aquella sociedad de «recreo y difusión de la sapiencia popular.» Era un *discurso* sin pies ni cabeza, lleno de citas trabucadas de Castelar, de San Agustín, de Aristóteles, de Víctor Hugo, etc.

«Sí, respetable cóncave; las ideas son como el astro rey luminar de las esferas cúbicas del pensamiento.»—Al día siguiente circuló por toda la Habana una hoja en que se leía:

## DISCURSO DE DON JOSÉ DÍAZ

pronunciado por él mismo, en la solemne apertura de la sociedad de recreo *La divina caridad*...

\*\*\*

Ramona, cuando no *hacía* música, se entretenía, durante las primeras horas de la noche, en leer novelas de amor. Su temperamento fogoso, *emotivo*, pero refrenado por una voluntad intermitente, acostumbrada á sobreponerse á la pasión, se rebelaba en ocasiones, en la soledad de sus noches, generalmente á raíz de alguna lectura intensa. Quería amar y ser amada; pero *se tenía* miedo. Procuraba huir de toda tentación, porque, francamente, desconfiaba de que la voluntad la obedeciese, puesta ya en el disparadero. Educada en esa escuela antigua que supone que la moral consiste únicamente en ser *casto*, como si el amor no fuese tan necesario y natural como la respiración, se culpaba á menudo de no ser buena, porque el *genio de la especie* la llamaba, con hilar de gato, desde el fondo oscuro del instinto.

Su imaginación africana, enardecida á menudo con aquellas lecturas sanguíneas del amor carnal, se forjaba aventuras en que un blanco, membrudo y arrogante, la apretaba entre sus brazos, besándola con beso interminable y ardiente.

Al verse á solas con doña Paca, religiosa hasta el fanatismo, enemiga de todo amor que no fuese sancionado por la Iglesia, recordaba con vergüenza aquel soñar lascivo de sus noches. Ella ignoraba que el medio en que vivía, solitario y triste, poblado de *sugestiones* en que el misticismo y la fiebre de la carne se buscan y se unen, no era, ni con mucho, el más eficaz para limpiar su mente de imágenes pecaminosas. Lejos de eso, aquel doblar de la campana, llamando á la oración; aquella soledad rumorosa del campo; aquel caserón silencioso, como la celda de un monje; aquel mismo aroma del jardín, eran estímulos suficientes para excitar una complexión nerviosa como la suya.

\*\*\*

El boticario del pueblo era cuñado de doña Paca. Por eso á nadie sorprendía que la visitase á menudo, en compañía de su hijo Tomás, muchachote de veinte á veinticinco años, muy blanco, rubio, de ojos azules dormidos, pujante y audaz.

D. Juan, que así se llamaba el boticario, andaba siempre á vueltas con sus *sales marinas*, invento suyo que no dió nunca el resultado que se propuso, porque «el público es un imbécil,» según decía. Eran unas sales de las que bastaba echar un poco en un barreño para obtener un baño de mar «con las mismas propiedades químicas del Mediterráneo,» según rezaba la *instrucción*. De modo que las familias pobres para nada tenían que salir de su pueblo en busca del «sa-



lino elemento,» como también rezaba la instrucción que acompañaba á cada frasco.

Aparte de su invento-manía, era hombre trabajador, algo redicho, y partidario de que su hijo aprendiese de todo. El mismo fué quien propuso á Ramona que enseñase á Tomás aquellos *danzones* cubanos que «le sacaban de quicio;» á lo cual Ramona se oponía, porque ella «tocaba de oído» y apenas si leía música.—«No importa—argumentaba D. Juan:—Tomás tiene un oído excelente y no tardará en aprenderlos, como tome la cosa con calor. Ya se vendrá de noche por aquí, y á ratos perdidos...»

—«¿Y la botica?» le interrumpió doña Paca. «Pues con el manco, como siempre, ó conmigo.»

En esta pregunta insignificante, doña Paca parecía resumir toda su experiencia en lo relativo á lo peligroso de la intimidad de sexos opuestos. El piano estaba en la sala, adonde jamás iba doña Paca, porque era muy fría. De modo que no pudiendo estar ella presente, era fácil que lo que menos tocasen fuera el piano. Estas dudas se desvanecían pronto, cuando recordaba que Ramona jamás la dió que sentir en lo relativo á eso.

\* \*

Tomás era muy del gusto de Ramona; es más, le amaba; pero ella disimulaba cuanto podía aquel amor, en que entraba por mucho, amén de otros elementos, el contraste de lo negro de su piel con lo ebúrneo de la de Tomás.

En sus sueños fundía los dos colores, poniendo imaginariamente junto á su cara la de Tomás, que se la antojaba fría como el mármol.

Tomás, por su parte, la amaba á su modo, y acaso movido también por la misma idea del contraste. Nunca había visto, ni en pintura, una negra, y menos una negra tan garbosa, verdadera selección de la raza.

Algunas noches, ofuscada Ramona en tejer y destejer é imaginaciones lúbricas, se levantaba y abría el balcón de su cuarto, que daba al jardín, porque temía ahogarse. El perfume de las flores, que siempre tuvo para ella una tristeza indefinible, la calmaba, sumiéndola en una á modo de intoxicación muelle y dulce. Por más que cavilaba, no acertaba á dar con la clave del fenómeno. Su psicología, como la de casi todas las mujeres, no pasaba de una serie de preguntas sin repuestas.

En aquellos instantes se hubiera puesto gustosamente á tocar el piano.

¡La música! ¡Cómo templaba sus impulsos! ¡Cómo, acariciándola el corazón, arrullaba sus angustias, abriendo de par en par su fantasía á ese soñar sin fin del alma enamorada!

El piano, al que amaba como á un hombre, era el refugio de sus inquietudes.

No quería tocar nada alegre y rápido: música lenta y quejumbrosa que simulase la caricia, el mimo; música en que cada nota era una ilusión, un beso, que poco á poco crecía, difundiéndose por todo su ser como un escalofrío...

Pero ¿qué diría doña Paca si la oyese tocar el piano á media noche? Por lo menos, que estaba loca; en lo cual no hubiera mentido, porque el amor y la locura son hermanos, como solía decir el boticario sentenciosamente.

FRAY CANDIL

(Se continuará.)

## PLUTARCO DEL PUEBLO

DOCTOR ÁNGEL PULIDO

En la pléyade de grandes hombres que existieron en Madrid á fines del siglo XIX, figura, con sobra de merecimientos, el doctor Ángel Pulido, médico insigne, conferencista consumado, bienhechor de la humanidad, modesto cual ninguno, y mal avenido siempre con la publicidad de su nombre.

Aguijoneado por un deseo, verdaderamente irresistible, de recordar el prestigio de aquel Galeno que fué un pozo de ciencia, aunque la bebió en el arroyo Abroñigal, he querido más de una vez escribir su semblanza, pero más de una vez también ató mi pluma la dificultad casi insuperable de tropezar con sus obras científicas. La posteridad no guarda más que artículos del consabido sabio y un *Plutarco* de su egregia pluma. Sus libros se han extraviado en la horrible cuanto inicua «noche de los tiempos.»

Por fortuna, aunque este siglo XX es de lo más abandonado que darse puede, he obtenido de manos de un librero del callejón del Pe-

rro un retrato del autor y el referido *Plutarco*, que publicó un periódico que se llamaba entonces *El Liberal*.

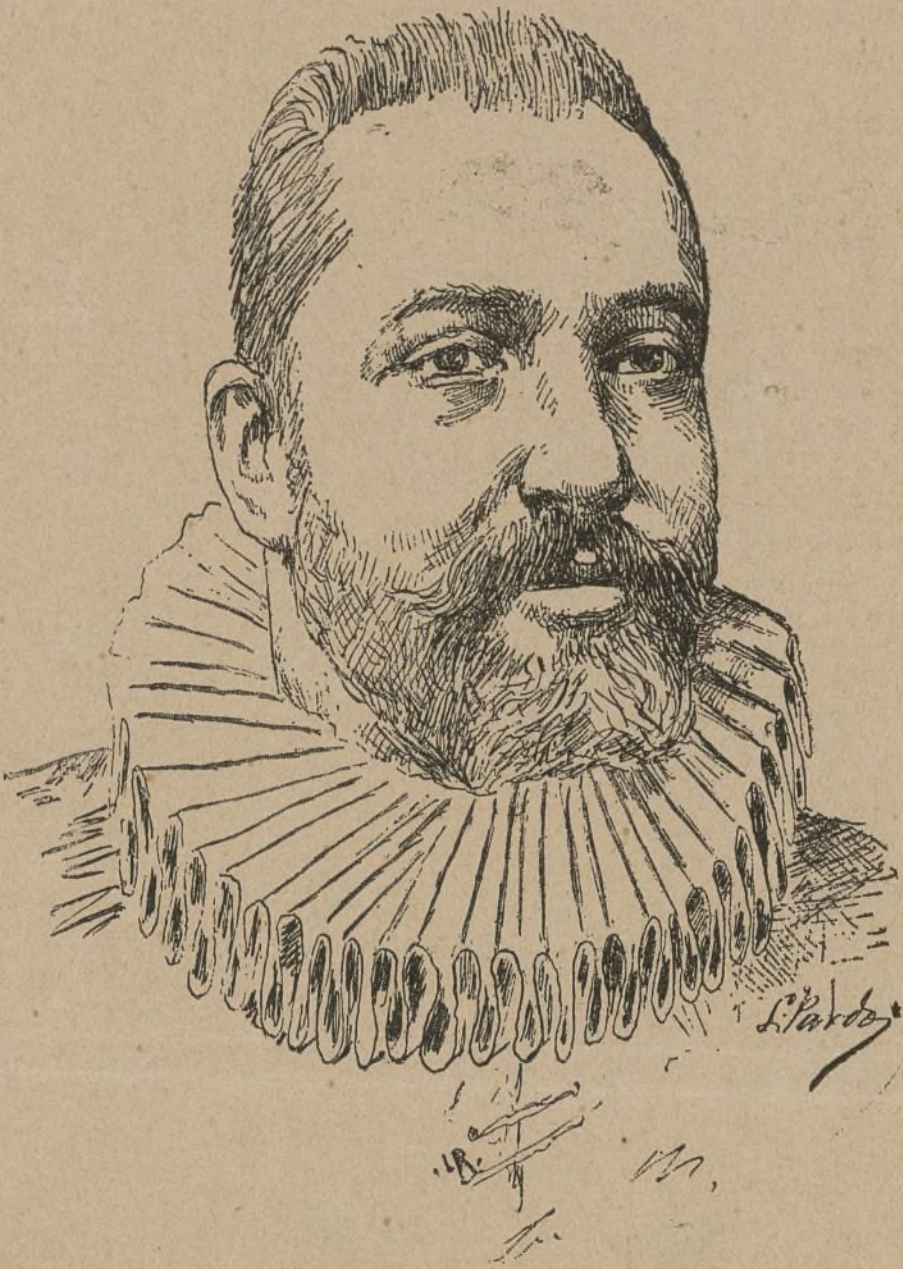
Miradle. En su fisonomía, inteligente y pensadora, refleja su huela el trabajo asiduo. El cuerpo se abate cuando el espíritu se levanta. ¡No es posible torturarse impunemente el cerebro escribiendo *Plutarcos del Pueblo*!...

..

¿Qué hizo en el mundo el doctor Ángel Pulido? ¿Cuál fué su obra portentosa?

Descubrió á Harvey. Se estremece uno sólo de pensar lo que sería de Harvey, si no le hubiera descubierto el doctor Pulido.

Y cuenta, lector, que Pulido luchaba con una dificultad casi in-



Doctor Angel Pulido.

vencible para presentar en letras de molde al descubridor de la circulación de la sangre. El doctor Ángel Pulido escribía muy mal, según me ha referido el librero del callejón del Perro, aunque algunos periódicos de la época le llamaron «distinguido literato.» Pero de tales periódicos—sigue hablando el librero—no había que hacer caso, porque llamaban distinguido á todo el mundo. Era aquella «una época especial, de bombo mutuo.»

Háme, como escribía el doctor (según referencias del librero), háme dicho también que pertenecía á una serie de doctores literatos que se dedicaban á escribir en los periódicos con el propósito laudable de vulgarizar la medicina. Hablaban de Hipócrates y Nemesius, de Falopio y Primirose, y de Colombo, y de Eustaquio, y del propio Ingrassias, á quien llamaban los lectores, en el café y en el estanco, don *Deo gratias*.

Era divertido. Estos Galenos periodistas querían imitar en el estilo, confeccionando párrafos kilométricos, á un gran revolucionario, venido á menos, que se llamó D. Emilio Castelar, orador grandilocuente, á quien se acusaba de imitar, cuando ponía la pluma, el estilo de Lamartine.

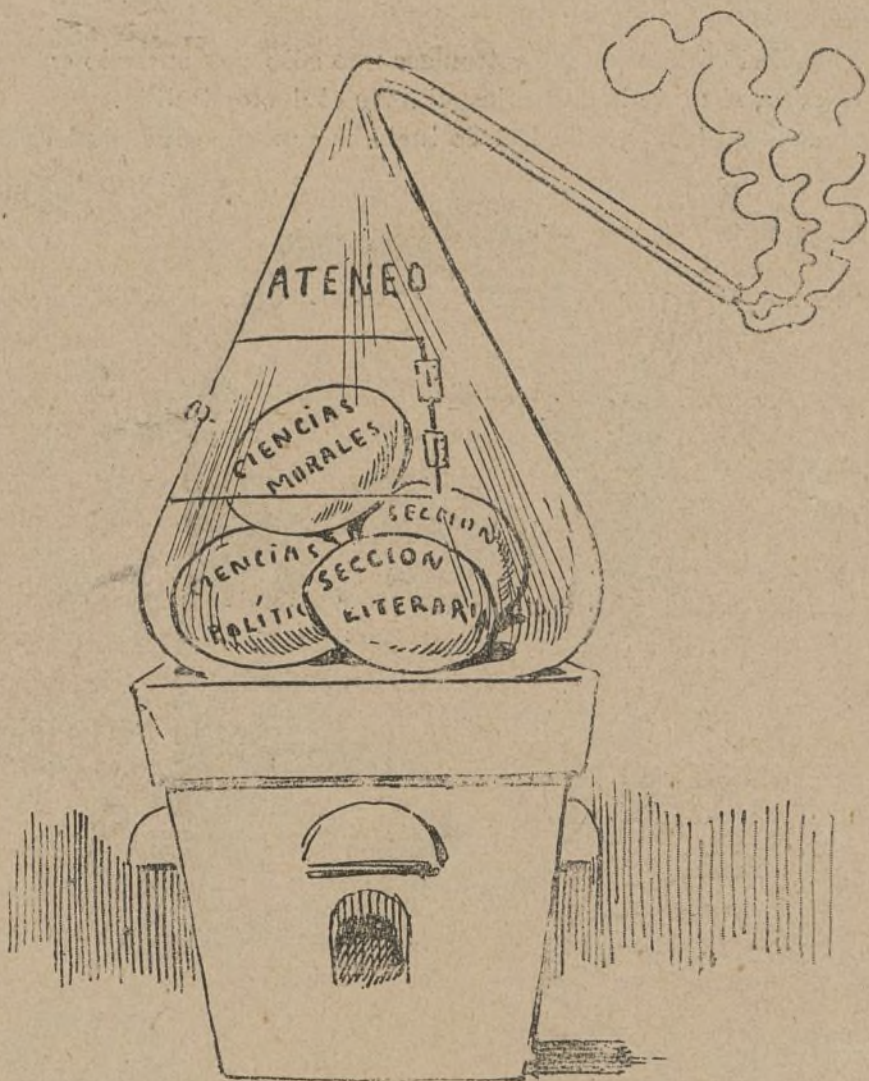
De todos modos, los tales médicos amenizaban la agonía del enfermo. Si no podían curarlo, le leían una Memoria sobre la enfermedad, ó unos alejandrinos en honor de Torricelli, ó un *Plutarco del Pueblo*. El enfermo podía morirse, y moría regularmente, pero moría ilustrado, sabiendo, por ejemplo, si tenía aneurisma, «la marcha del glóbulo rojo nadando en el plasma nutritivo», para lo cual, según decía el doctor, no había más que fijarse un poco «con el ojo aplicado al microscopio».

Todo ello resultaba encantador, y el enfermo sucumbía dando gracias á Dios entre *Plutarcos del Pueblo*.

..



## INCUBADORA ARTIFICIAL,



*Procedimiento rápido de hacer oradores.*



*Apenas rompe el cascarón... rompe en un discurso.*



*Ya sabe por lo que tiene que empezar, por dar lumbre.*



*Y por si no bastase, por dar lustre á las botas de su protector.*



por Mecachis.



En el Ateneo, en el cuarto del agua, dispara al conserje una arenga, que le vale más tarde el cargo de Secretario 3.º

Los papás se dislocan y le inducen á que empiece á trabajar su actita.



¡Tontal! ¡Tontal! El acta bien vale eso y mucho más.



Ya está en el Congreso. Su primer discurso, contra la corrupción de las costumbres, hace reir á toda la Cámara,



El doctor Angel Pulido no era uno de tantos. ¡Era poeta! Cuando descubrió á Harvey, de quien no sabían palabra en el año 1894 los médicos españoles; cuando, como dice él mismo en su Plutarco, «presentó al genio médico,» no pudo menos de exhalar un poco de la mucha poesía que chorreaba por los poros,

«como un explorador perdido entre mares sin términos logra arribar á comarca que ha de servirle para acometer la posesión de todo un continente.»

Simil poético, si jamás los hubo, que fué muy comentado en la botica de Borrell y Miquel, y remitido por telégrafo á varios periódicos de provincias.

Cierto que el enfermo no se enteraba bien cuando leía párrafos como éste:

«Por esto fueron precisos, además de varios notables sucesos, que Cimabúe, Giotto, Mataccio... y muchos afamados maestros, *renacieran* las Bellas Artes, y estudiaran con atrevimiento el natural externo de la figura humana.»

Pero si el moribundo se quejaba, la familia le salía al encuentro diciéndole:—¿Querrás saber más que el doctor? ¡No seas borricol! Y muérete paladeando esta sentencia:

«Todos los grandes descubrimientos creyérans obra baladí cuando se los estudia en su esencia; y así como la obra de Colón *parece* no tuvo otro mérito que la terquedad de ir adelante en el mar tenebroso, la obra de Harvey parece que no tuvo otro mérito que el de mirar con atención el cuerpo humano.»

—¡Ay, Paca mía!—exclamaba el enfermo: ¡yo que he mirado con tanta atención el tuyo *resalao*, y me muero sin ser un Colón, ni un Harvey, y sin que me dediquen siquiera un Plutarco!...

Y moría irremisiblemente.

Lo cierto es que el doctor Angel Pulido hizo en España un señalado beneficio á las ciencias biológicas al relatar cómo Harvey «sorprendió en el caos» el conocimiento de una importante función, contemplando «la aparición de un nuevo modo de obrar;» y su popularidad rayó tan alto, que cuando cruzaba la heroica villa, pausado y pensativo—por hallarse siempre en lo que llamó *momento psicológico* el señor de Bismarck,—se apresuraban los transeúntes á dejarle la acera, y se descubrían con el mayor respeto.

De día trabajaba su fama. De noche se permitía el grato esparcimiento de entrar modestamente en una chocolatería de la calle de las Infantas, y tomar un chico de leche.

Sin bizcochos. ¡Tal era su sobriedad!

LUIS BONAFoux

Escrito en Madrid, con permiso del Santo Oficio, á tres de Mayo del año mil novecientos setenta y dos.

## A TRAVÉS DE MADRID

En un día de la pasada semana y lo que va transcurrido de la presente, han dejado de publicar los periódicos ésta ó parecida noticia:

«El presidente de tal ó cual corporación, el ministro de éste ó del otro ramo, el duque, marqués ó conde de Z ó de X, celebrará mañana ó pasado un banquete en honor del ilustre y bravo general Martínez Campos, que tan alto ha sabido colocar en Marruecos el pabellón nacional.»

El ilustre, bravo, etc., debe de estar arrepentido de haber llevado á cabo con felicidad su misión diplomática, porque le va á costar alguna indigestión ó algún cólico miserere.

La costumbre de banquetear á los que realizan cualquier hecho más ó menos notable ó más ó menos estúpido, sólo resulta beneficiosa para los fondistas y boticarios.

Los obsequiados, generalmente, son personas que tienen comida en su casa, y que no van á sacar la tripa de mal año, como suele decirse.

Aparte, pues, de la satisfacción que á cualquier general ó autor de *Dolores* debe de producir el verse aclamados grandes hombres por estómagos hartos y cabezas alcoholizadas, nada de limpio saca el festejado.

Por lo que respecta al héroe de Sagunto y de Melilla, estimo justo, como diría un diputado, que se le pague con manjares succulentos las malas comidas que en Marruecos engulliría de fijo.

Solo un Martínez de su calibre puede conseguir para España lo que él ha alcanzado.

No es grano de anís ir á Marruecos dejando en Melilla 25.000 hombres, una porción de cañones y una escuadra, y obtener, apoyado

por potencias grandes y chicas, de un Emperador débil y de un pueblo embrutecido, 20 millones de pesetas como indemnización de 600 soldados muertos y del mismo número próximamente de millones gastados.

A fuer de agradecidos, debemos responder dignamente á lo que Martínez ha hecho por nosotros. Ya que no quiere recompensa alguna, propongo que se le pague para mientras viva un cubierto de tres pesetas, sin vino, en el Hotel de Rusia ó... en el *Sótano H*.

Es el único medio de pagarle, ya que rehúsa honores y riquezas, y se contenta con ser capitán general, príncipe, como modestamente se calificó á sí mismo en el Senado, tutor y curador de hecho de las instituciones vigentes y poseedor de una cruz ó placa con paga.

Como sus hijos son duques y marqueses, ya digo, no veo medio de recompensarlo dignamente por su último servicio.

A menos que no pidamos para él un capelo á la Santa Sede.

Por de pronto me consta que los drogueros se proponen enviarle un cajón de botellas de «Agua de Loeches».

El regalo no puede ser más oportuno.

Así limpiará el estómago y quedará en disposición de digerir tanto banquete.

\*\*\*

Todo es regocijo en el campo carlista.

Su rey y señor ha entroncado con una Rohan.

Los futuros vástagos de este monarca de zarzuela descenderán de Godofredo de Bullón.

Ya ha tenido buen cuidado *El Correo Español* de publicar el árbol genealógico de la reina consorte.

Según este árbol, los Rohan fueron reyes de Bretaña, y vienen en línea recta, sin torcerse un ápice, de los Guéménée y de los Montauban.

Lo que no ha podido averiguar el diario carca es de dónde procedían los Guéménée y los Montauban.

Tal vez ha tenido vergüenza de confesar que estos apreciables sujetos fueron hijos de Adán como el más humilde traperero ó aguador; en el supuesto de que Adán no sea una broma, como creo.

El Señor, según *El Correo*, se ha sacrificado una vez más por sus fieles al contraer este matrimonio, que sólo tiene por objeto propagar la semilla borbónica.

Permítame el colega que discrepe de su apreciación.

Todos los días se casan empleados con 4.000 reales de sueldo.

Esto es sacrificarse.

Don Carlos se ha casado por *mor* del dinero y del *palmito* de la novia.

Sobre todo por esto último. Nadie ignora que S. M. (1) es hombre de buen gusto en punto á faldas.

Díganlo si no sus *juergas* amorosas con bailarinas y suripantas en el palacio de Loredán.

Por lo demás, no creo que tenga necesidad de nuevos vástagos.

No estoy enterado con exactitud del número de hijos de este *creador* de Borbones; pero me parece que cuenta con cinco ó seis, entre machos y hembras, y, á juicio mío, ya tenemos bastante para la lista civil si algún día llegase á disfrutarla.

\*\*\*

Cojo (y no es alusión, señor conde de Roma-nones) la pluma para decir á V. E. que ha llegado el momento palpitante, como escribiría un periodista afrancesado que firma más que el doctor Garrido, de que salgan á la calle los *ganchos* que dedica el Municipio á la caza de perros vagabundos.

Sepa V. E. que las pantorrillas de los vecinos de Madrid corren el peligro de ser mordidas por perros hidrófobos ó hambrientos.

La capital de toda España parece Constantinopla, á juzgar por el número de canes que pululan y acampan sin miedo al lazo ó á la acreditada morcilla de estricnina.

No soy partidario de otros perros que de los monetarios, y cualquiera procedimiento exterminador me parece bueno.

Imitaría al general Elío, el cual, durante su mando en Valencia, no dejó perro con vida.

Si el alcalde se decide por el sistema del lazo, le ruego que busque para este oficio sujetos mejor *encarados*.

¡Por Dios, que no sean tan feos como los de años anteriores!

\*\*\*

Perros aparte, señor alcalde, voy á dirigir á V. E. otro ruego.

¿No podría distraer de la puerta de su casa ó relevar del servicio de cualquier concejal algunos municipales?

Porque dicha tropa, terror de verduleras, hace mucha falta en las calles céntricas, donde circulan gran número de coches.

En la semana última han muerto tres personas bajo las ruedas de riperts y simones, guiados por cocheros sin *freno*, y tal vez los municipales hubieran podido evitar alguna de estas desgracias.



Mano dura, señor conde, con las empresas y con los cocheros.  
El afán de lucro de aquéllas da por resultado el que obliguen á los mayores á hacer muchos viajes.  
Y ¡claro! los hacen á carrera tendida, sin cuidarse de atropellos.  
En cuanto á los cocheros, es proverbial su barbarie, y necesario que se les vigile y contenga.  
Disponga V. E. que, en vez de limpiar zapatos á un D. Simón ó un D. Timoteo, concejales y hojalateros, se empleen los municipales en el servicio de la villa.  
He dicho.

EL DIABLO COJUELO

## DE ORO Y AZUL

DE Valencia he recibido, bajo sobre, un periódico neo que se titula *España Cristiana*, ó, como si dijéramos, *España pour rire*.

El cual periodiquín no tiene desperdicio.  
Como descriptivo, ni Zola; y Dios se lo pague, porque he podido enterarme de las procesiones á bordo del *Montevideo*.

Véase un *guateque*:

«Después de la misa mayor se puso al Señor de manifiesto, con guardia renovada cada cuarto de hora. La procesión se ha verificado á las seis de la tarde, recorriendo todo el buque y siendo llevado el viril por el Sr. Arzobispo de Valencia, bajo un palio formado por cuatro picas y una tela de rayas blancas y azules. Llevaban este palio cuatro marineros con traje de gala blanco. Á la mitad del trayecto se ha detenido la procesión, y la señorita Amalia Puig, con el tenor señor Holgado, cantaron al piano el *Ave verum* de Miné.»

Si que sería curioso el viril bajo un palio formado por cuatro picas.

«¡Espectáculo sublime y grandioso el que acabamos de presenciarse!—exclama el cronista de *España Cristiana*.—Ni se ha visto, ni creo que volveremos á ser testigos de lo ocurrido esta tarde á bordo del *Montevideo*.»

Y no quiera el viril que se repitan tamañas escenas de la Roma pagana.

Véase ahora una muestrcita del lenguaje que gastan los prosélitos del Hombre benigno por excelencia, salvo la opinión de Lombroso y Saury, que puso la mejilla izquierda cuando le abofetearon la derecha:

«La ciudad de las flores ha estado convertida estos días en un estercolero, entre hojas luteranas, semanarios librepensadores y otras indecencias.

«Aquí no hay Constitución, ni Código penal, ni fiscal de imprenta, ni juzgados, ni carro para la basura. No hay más que anarquía en casi todos los órdenes.

«Pero nos queda el consuelo de que si los poderes públicos no tienen escoba para barrer tanta inmundicia, en cambio los hombres bien nacidos destinarán ciertas hojas de propaganda inmoral para el uso de los retretes.»

¡Bonito modo de agradecer la conducta favorable á los peregrinos que sostuvieron los representantes de ambas Cámaras, y reflejaron luego en las hojas del *Diario de Sesiones*!

Otro símbolo de mansedumbre evangélica:

«El domingo se celebró la procesión de la Aurora por las calles más céntricas de la capital, con extraordinario concurso de hombres, que llevábamos algo más que las cuentas del rosario por lo que pudiera ocurrir.

«Y nadie se escandalice; porque la defensa es un derecho natural y sagrado.

«Tratándose de manifestaciones católicas, ya lo saben nuestros amigos: jamás se han de fiar de gobernadores como Sapiña y Ribot. Á Dios rogando y con el revólver en el cinto.»

Este periódico no ha sabido escoger título.

El que le cuadra es:

*La familia de Cencerrita*.

«En atención á los sucesos de la semana última, muchos comerciantes opinan que se deben suprimir las fiestas de Julio.

«Aplaudimos el pensamiento; porque valor se necesita para que los forasteros se atrevan á visitar la feria de Frajana.

«El borrón que ha caído sobre Valencia, por culpa de cuatro infelices, no se limpiará si no se cortan media docena de cabezas ó se

destierra para siempre de nuestra ciudad á los vándalos modernos. *La Inquisición se impone.*»

Lo que se impone es que algunos liberales valencianos entren á estacazo limpio en la redacción de *La España Cristiana*.

Para que no siga desacreditándonos ante el mundo civilizado.

Leo en *El Globo*:

«Medicina popular.»

Y al pie del artículo:

«El doctor Malo.»

Aquí de Bretón:

«Al pie de cada receta  
pone Mata, y es verdad.»

Los conservadores sostienen que la duración en el poder del partido fusionista ha de ser corta.

Porque Sagasta está muy averiado, física y moralmente.

¡Qué tупé!

¡Cualquiera creería que Cánovas es un jayán sanote!

*El Siglo Futuro*:

«Si Dios es el dueño de nuestras vidas, si Él nos ha dado todo lo que poseemos, no nos corresponde á nosotros concluir con nuestras vidas, ni terminar con la del adversario.»

¿Y cómo se da garrote en nombre de la justicia divina, y con acompañamiento de un clérigo y de la Santa Hermandad?

La Inquisición, ¿no achicharró á su antojo miles de personas?

Vamos, *Siglo*, sáqueme de estas dudas atroces.

«Yo no comprendo—añade *El Siglo Futuro*,—ni creo sea comprensible, que á la faz del siglo XIX se quieran lavar las manchas del honor, sin contar para nada con los tribunales.»

Eso le prueba á *El Siglo* cómo anda la justicia por acá, que ni de lavandera se la quiere...

Pregunta *El Siglo Futuro*:

«¿Qué harán los integristas?»

Alguna barbaridad, como suelen.

## ATENEO

EL doctor Ovilo, que ha residido muchos años entre los moros, dió el lunes en el Ateneo una conferencia, instructiva y amena, acerca de Marruecos. No sé por qué, me figuro que el Sr. Ovilo es conservador. Sobre no *soltar prendas* en algunos puntos, alabó desmesuradamente al general Martínez Campos.

El Sr. Ovilo nos habló del harén, que no es tan escandaloso como le pintan.

El Sultán no tiene más que las cuatro mujeres que el Korán le permite. El harén es una especie de Museo antropológico, en que el Sultán conserva las odaliscas de sus antecesores, padres y hermanos. El Sultán las visita una vez por semana, «visita de médico», porque no tiene fuerza para más.

Las odaliscas matan sus ocios pintándose el pelo, las uñas, las encías y las venas, cuando no juegan entre sí inocentemente.

Lo que realmente me sorprendió, fué lo que dijo el doctor Ovilo de la limpieza de los moros.

Alá es grande... pero sucio.

Mi aplauso humilde, pero sincero, al inteligente y diplomático conferenciante por su muy agradable *causerie*.

## LIBROS RECIBIDOS

*Don Quijote de la Mancha*, comentado por D. Diego Clemencín. Cuatro tomos. Madrid, 1894.

*La ciudad blanca*, por Manuel S. Pichardo. Habana, 1894.

*En pro y en contra*, críticas, por U. González Serrano. Madrid, 1894.

*Amar á oscuras*, por Eduardo Zamacois. Madrid, 1894.

*Filosofía antigua poética*, del doctor Alonso López Ponciano. Nueva edición, con notas de D. Pedro Muñoz Peña. Valladolid, 1894.

*Neurosis*, por José Cuéllar. Santander, 1894.

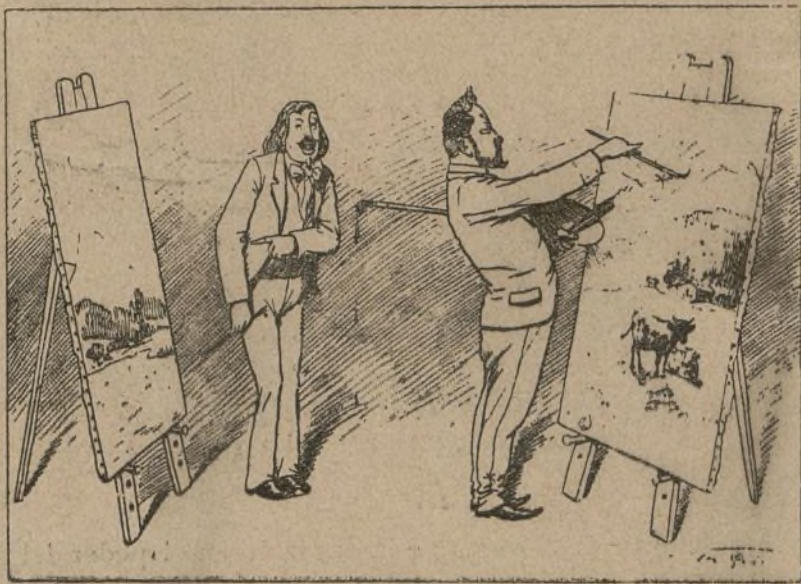
*Hojas literarias*, por M. Sanguily. Habana, 1894.

(De algunos de estos libros se hablará largamente en otro número.)

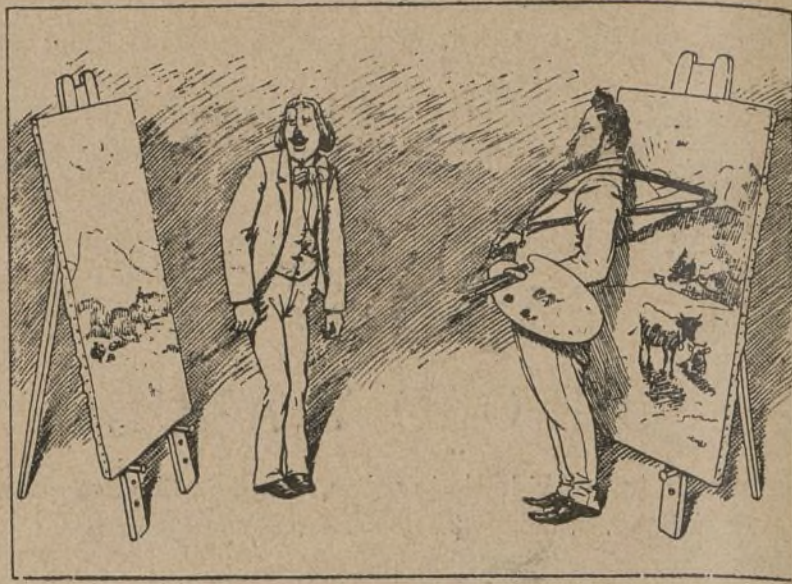
E. Rubiños, impresor.—San Hermenegildo, 32.



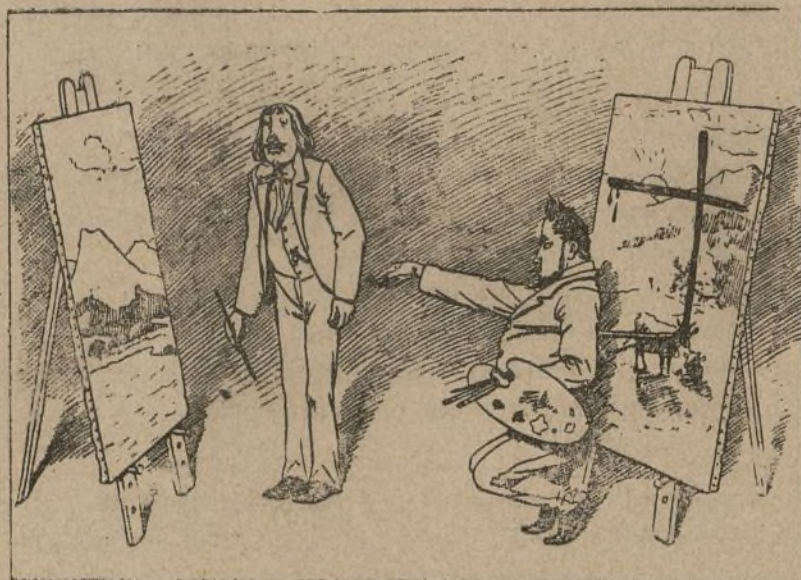
## DISTRACCIONES DE UN PINTOR, por Robber.



1



2



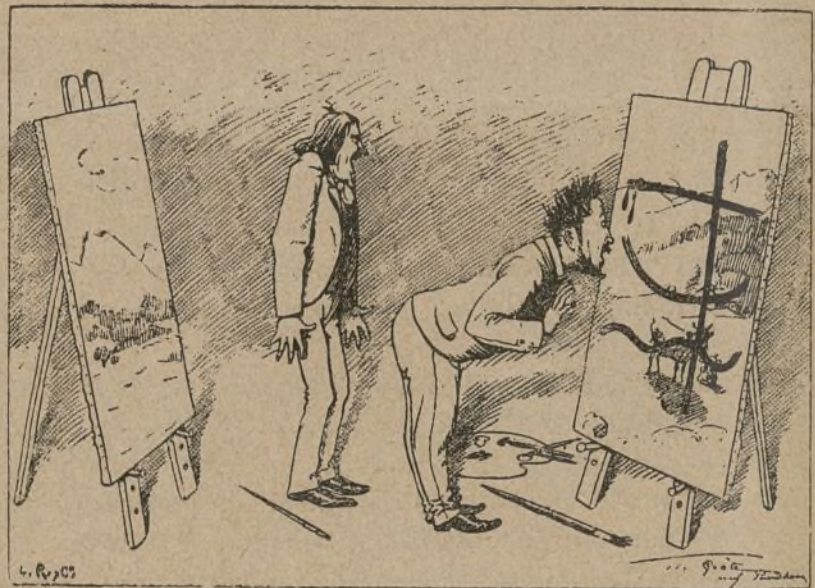
3



4



5



6



Higiene de la cabeza.

**AGUA DE QUINA  
PALOMAR**

El Agua de Quina Palomar no tiene rival. Es el mejor tónico y reconstituyente del cabello, y el único remedio que evita la caída del pelo, conservando perfectamente limpia y perfumada la cabeza, sin perjuicio de la salud, como acontece con otras.

Esta preparación es tan pura y excelente, que su superioridad es reconocida por todas las personas que tienen necesidad de hacer uso de aguas higiénicas para la cabeza.

**Fascos desde 1 á 6 pesetas.**

Puntos de venta: **Fuencarral, 27, pral.**

Perfumería de **PALOMAR**

Por mayor: **MELCHOR GARCÍA**  
**Capellanes, 1 duplicado.**

**PELUQUERÍA DE TOMÁS**

ALCALÁ, 40

PELUQUERÍA DE TOMÁS

**ORO Y AZUL**

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

OFICINAS

REDACCION Y ADMINISTRACION

**Ballesta, 7, bajo**

ADMINISTRADOR

**FEDERICO COROMINA**

SUSCRICION.—Madrid: trimestre, 2,50 pesetas.—Provincias: ídem, 2,50.—Ultramar: trimestre, 4.

Número suelto, 15 céntimos.

**AGUAS AZOADAS**

GREDA, 6

De maravillosos efectos en las afecciones de las vías respiratorias, catarros crónicos, bronquitis, asma, etc.

También se aplican con éxito infalible en los casos de dispepsia. Despiertan el apetito y regularizan la digestión.

Para más pormenores,

GREDA, 6

**AGUAS AZOADAS****Vino alimenticio de Bonald**

Preparado con peptona, coca, quina y cacao.

Empléase con gran éxito en la clorosis, anemia, falta de apetito, digestiones tardías, dolores frecuentes de estómago, etc.

Precio del frasco: **4 pesetas.**

DEPÓSITO CENTRAL

**Farmacia de Bonald.**

GORGUERA, 17.